



OVERWATCH® DEADLOCK REBELS



CAPÍTULO 1

LYNDSAY ELY



CAPÍTULO

1

Lo que tiene meterse en líos es que, cuando te enredas en ellos, es difícil escapar. Puedes tratar de evitarlos, de rehuirlos, e incluso combatirlos —que fue precisamente lo que había hecho Ashe en el caso de los hermanos Bonney—, pero, al final, siempre hallan la manera de encontrarte.

—No sé ni qué decir, Elizabeth.

Había migas en el bigote del sheriff Carson. No muchas, pero suficientes como para que estos restos de su desayuno la distrajeran.

—¿Cuándo dejaré de verte por aquí?

—Ya se lo he dicho.

Ashe apretó los dientes mientras recorría con los dedos su falda de seda. Había estado impoluta hacía tan solo unas horas, pero ahora estaba arrugada y tenía manchas de sangre, que no eran suyas, por supuesto.

—Ha sido en defensa propia. Fueron ellos los que me atacaron a mí.

El sheriff lanzó un suspiro, de forma que algunas migas cayeron en la pantalla que mostraba el historial de Ashe.

—Eso no es lo que dicen estos chicos.

—Pues bueno —contestó mientras lo miraba fijamente—. Además de abusones, mentirosos.

Pero el sheriff no la creía. Ella lo notaba en su rostro, que era tan soso como las migas. El escepticismo del sheriff acerca de su inocencia entraba dentro de lo esperado. Lo sorprendente era lo rápido que había

empeorado el día. Con lo bien que había empezado. Por una vez, Ashe se había despertado con el amanecer repleta de energía. La mayoría de los días comenzaban con BOB, el mayordomo robot de la familia, arrancándole las sábanas cinco minutos antes de salir por la puerta. Este evolucionado ómnico con conciencia propia había estado con Ashe desde que ella recordaba, haciendo las veces de compañero y guardaespaldas. Y, por supuesto, procurando levantarla por las mañanas para que fuera a clase. Pero hoy no necesitaba la ayuda de BOB. Porque hoy era un día especial. Hoy era el día de la graduación. No solo no tendría que volver a pisar los agobiantes pasillos de esa tediosa academia que le consumía el alma, sino que además iba a poder ver el semblante del director Wallach mientras este le hacía entrega del diploma que pensaba que ella nunca obtendría. El mismo semblante que esperaba ver en los rostros de sus padres mientras cruzaba el escenario. Ashe se lavó, se vistió y se cepilló su blanca cabellera hasta dejar el pelo brillante. Después, se dirigió a las escaleras de la mansión Lead Rose, la solariega mansión de su familia, y bajó los escalones de dos en dos en dirección al comedor, donde sus padres siempre tomaban el desayuno. Sin embargo, la estancia estaba vacía cuando llegó. No había ni humeantes tazas de café, ni holovideos proyectando interminables informes financieros y cifras de ventas, ni padres. Tan solo un jarrón con sobrias rosas blancas en la mesa de caoba y una tarjeta apoyada en el mismo. «¡Enhorabuena, Elizabeth! ¡Estamos muy orgullosos de ti!». A pesar de las cálidas palabras, Ashe se quedó helada mientras las leía y los colores del cuarto se desvanecieron hasta quedar tan descoloridos como las rosas. «Sabemos que te prometimos que estaríamos hoy allí, pero se ha producido una apasionante fusión comercial que nos ha obligado a ausentarnos en el último momento. Pero estamos muy orgullosos de ti y esperamos que veas esto como una ocasión para empezar de cero, una oportunidad para dejar atrás los errores y problemas del pasado y asumir por fin el legado familiar». Ni siquiera habían tenido tiempo de firmar la tarjeta. Ashe frunció el ceño. Estamos muy orgullosos de ti...

Parecía una broma. Una broma pesada. Si tan orgullosos estaban, ¿por qué no estaban presentes? ¿Por qué la habían dejado sola otra vez? El legado familiar. Menudo chiste. Al otro lado de la estancia, el retrato de su tataratataraymásquetatarabuela Caledonia la observaba con aire inexpresivo. Fue ella la que había fundado la Arbalest Arms Company, la que había puesto los cimientos de la importante empresa de distribución de armas de última generación que era hoy. Nada habían hecho los padres de Ashe, que preferían codearse y firmar acuerdos con los ejecutivos de compañías más poderosas, como Helix, Vishkar, Hyde Global y otras, y que vivían de una reputación con cuyo éxito poco tenían que ver. En todo caso, habían tenido suerte. Arbalest había hecho negocios durante años como fabricante de costosos rifles de lujo altamente personalizables. Pero después estalló la Crisis Ómnica y el ejército centró su atención en ellos. El rifle AA92 de Arbalest se convirtió en el arma reglamentaria del ejército debido a su gran capacidad y a su alta velocidad de salida. Con ese contrato, la demanda de esta marca única de rifles subió como la espuma. La guerra le venía muy bien al negocio, especialmente si se libraba muy lejos. Grandes ciudades se habían visto afectadas por la guerra, sí, pero Bellerae, la comunidad en la que ellos vivían y donde tenía su sede Arbalest, se encontraba a salvo. Nunca habían tenido más de una docena de ómnicos antes de la crisis. Había permanecido prácticamente intacta a lo largo de la guerra, durante la cual las fábricas de la compañía habían mantenido una producción muy activa. Pero ahora la crisis había terminado gracias a Overwatch. La demanda de armas había descendido y una fábrica de Arbalest en Bellerae había cerrado sus puertas. Los padres de Ashe estaban más interesados en cerrar acuerdos comerciales a miles de kilómetros que en la comunidad que había prosperado durante generaciones gracias a la empresa. ¿Qué clase de legado era ese? Debajo del cuadro descansaba un rifle Viper, un recuerdo familiar, una de las primeras creaciones de Arbalest, el arma que había permitido a la empresa hacerse un hueco en el mercado armamentístico. Pese a contar con más de un siglo de antigüedad, seguía como nuevo y disparaba con mucha puntería. Innovación. Calidad. Ese era el legado por el que tanto se había esforzado Caledonia, que nunca permitió que Arbalest quedara rezagada, que contrató a las mentes más brillantes que pudo encontrar, que siempre trató de que sus empleados se sintieran valorados... más como miembros de la familia que como trabajadores. Y no era ninguna pusilánime, pues se decía que obligaba a sus

empleados a llamarla señora Ashe, sin importar el tiempo que llevarán conociéndola. Tal vez fuera una muestra de respeto. O tal vez le disgustaba tanto el nombre de Caledonia como a Ashe le disgustaba el de Elizabeth, puesto que ella también prefería que la llamaran por el apellido. Ashe se volvió al escuchar unos pasos. En la puerta del comedor se encontraba BOB con una bandeja que mantenía en delicado equilibrio con sus enormes manos metálicas. En ella reposaba su desayuno preferido: gofres hasta arriba de sirope y una gran porción de beicon extracrujiente. Un sabor agrio le subió por la garganta.

—¿Tengo pintas de tener hambre ahora?—espetó.

El ómnico se limitó a parpadear y dejó la bandeja sobre la mesa. Un sentimiento de culpa invadió a Ashe al instante. BOB no había hecho nada malo. De hecho, era el único en su vida con quien podía contar. Excepto cuando desapareció durante la guerra, claro. Como el resto de ómnicos, desapareció durante la Crisis Ómnica. Con el paso de los años, Ashe llegó a pensar que nunca más volvería a ver al mayordomo, pero, con el fin de la guerra, regresó a Lead Rose con una conciencia renovada y... de una forma distinta que Ashe jamás logró comprender. Pero seguía siendo el compañero que ella recordaba. Y desde entonces se había mantenido a su lado. A diferencia de sus padres.

—Al menos podrían haber dicho adiós.

Su voz se entrecortó en la última palabra y se puso tensa, tan irritada consigo misma como con ellos. No era la primera vez que sus padres la habían dejado sola sin apenas mediar palabra, y seguramente no sería la última. En cuanto a lo que ella recordaba, solo existía la vasta soledad de la finca, sobre todo durante aquellos años de ausencia de BOB, o bien el tenso velo de desaprobación de sus padres por cualquier lío en el que se hubiera metido. Retorcó la tarjeta entre las manos. Entonces, ¿por qué estaba tan enfadada? Porque hoy iba a ser un día distinto. Le había dado la impresión de que su graduación era importante para ellos. Tal vez solo querían demostrar, en público, que su hija era más que una revoltosa. Más que la chica a la que habían pillado tratando de convencer al informático de la academia de que cambiara todas sus notas a sobresalientes, o la que había provocado que cerraran la escuela para descontaminarla después de haber hecho gala de su tirachinas en el laboratorio de ciencias. O tal vez, como había esperado Ashe, era un motivo para que ellos por fin creyeran que era capaz de hacer algo bien. Ella había jurado graduarse. Y ellos habían prometido estar presentes. Tonta de ella por creer que lo harían. Las rosas de la mesa recibieron un rayo del sol matutino que las iluminó como si fueran el objetivo de una mira. Eso era lo que deseaba hacer en aquel momento con el regalo de sus padres: fijarlo como objetivo y verlo volar por los aires mientras llovían pétalos y cristales. Si el Viper hubiera estado cargado, igual lo habría hecho, pero, en lugar de eso, Ashe dejó la tarjeta en la repisa de la chimenea y corrió hacia el pasillo. Cuando pasó junto a BOB, este extendió el brazo para detenerla. Ashe dejó escapar un suspiro.

—No te preocupes, ¡no me voy a perder esa estúpida ceremonia!

BOB ladeó la cabeza.

—No, no vayas a por el coche. Prefiero ir dando un paseo..., a solas.

El ómnico levantó una mano en señal de advertencia.

—Lo sé, lo sé. Está prohibido.

Pero Ashe no se sentía con ganas de seguir las reglas en ese momento.

—Antes de marcharnos, ¿podrías ir a buscar mi pulsera de oro? Ya sabes, la que me dieron mis padres por mi cumpleaños el año pasado. He olvidado ponérmela.

BOB se giró obediente y se dirigió escaleras arriba. Normalmente, el mayordomo la escoltaba hasta el colegio, pero a Ashe no le apetecía estar en compañía de nadie ahora, de modo que le contó una mentira piadosa con el fin de distraerlo. Para cuando BOB se dio cuenta de que no había ninguna pulsera en su habitación, puesto que la madre de Ashe la había tomado prestada meses atrás y aún no la había devuelto, ella ya se había marchado. Ashe tomó el camino hacia la ciudad que seguía el curso del río. Como era de esperar, estaba desierto, salvo por algunos patos y algún dron de vigilancia de la policía. Sin embargo, a pesar de la apacible soledad, su estado de ánimo seguía siendo agrio. Y ni siquiera podía llamar a una amiga para que la consolara. Su estatus como hija de la poderosa familia Ashe había provocado que sus compañeros mantuvieran las distancias con ella durante gran parte de su vida. Más recientemente, el cierre de una fábrica de Arbalest había ocasionado que familiares de sus compañeros perdieran sus empleos. Algunos de ellos habían pasado de rehuirla de manera casual a aborrecerla de forma activa, desembocando en más peleas de recreo de las que era capaz de recordar. La llegada de la ceremonia de graduación, y su huida de la academia, se le había hecho eterna. No obstante, bajo los árboles terraformados que se hallaban junto a la orilla del río, podía respirar un poco más tranquila. Podía olvidar por un momento la asfixiante soledad de la finca, fingir que estaba en un lugar totalmente distinto y que era otra persona.

—Vaya, vaya, pero ¿a quién tenemos por aquí?

Ashe se detuvo y su sosiego se esfumó al instante. Se giró sabiendo a quiénes iba a ver: Jodie y Jimmy Bonney. Iban un año por detrás de ella en la academia y no había nadie en Belleræ que odiara más a Ashe y a su familia que estos dos. Sus padres habían trabajado en Arbalest durante décadas, hasta que fueron despedidos sin contemplaciones cuando cerró la fábrica.

—Anda, Jodie —rio Jimmy—, pero si creo que es esa presumida de ojos escarlata. Qué raro, normalmente va acompañada del zopenco de su robot mayordomo.

Genial. Lo último que necesitaba era toparse con esos dos abusones.

—Largaos, chicos. No estoy de humor.

—No te pongas así —respondió Jodie, intercambiando una sonrisa pícara con su hermano que no gustó nada a Ashe. Tal vez fueran más jóvenes que ella, pero eran mucho más grandes—. Al fin y al cabo, hoy es el día de tu graduación, ¿verdad? ¡Enhorabuena! Pero dinos la verdad: ¿cuánto dinero han tenido que donar tus padres para que puedas graduarte?

Ashe enfureció, pero mantuvo su mirada serena.

—Ni idea. Aunque seguramente mucho menos que lo que haría falta para que el director Wallach os aprobara a vosotros, que no hacéis más que comer pegamento y sacaros los mocos.

Los rostros de los Bonney se tornaron oscuros al unísono.

—Te crees muy listilla —dijo Jimmy con mofa—. Que tengas una fortuna no te da derecho a hablarnos con aires de superioridad.

A Ashe le hervía la sangre por la adrenalina.

—Ay, chicos —contestó mientras les obsequiaba con una sonrisa burlona y sosegada—, aunque fuera más pobre que las ratas, os daría mil vueltas.

No debía haber dicho eso, pero no pudo contenerse. Estaba tremendamente frustrada y, si los Bonney eran tan necios como para interponerse en su camino, pues mala suerte. La voz de Jodie se tornó más seria.

—Más pobre que las ratas, ¿eh?

Se agachó y cogió un puñado de tierra.

—Podríamos hacer que mordiera el polvo, ¿verdad, Jimmy? Así no iría tan mona a su fiestecita.

Ashe se enderezó sin perder la sonrisa. ¿Dos contra uno? En peores situaciones se había visto. Jimmy cargó hacia adelante con el ademán de agarrarla, pero era demasiado lento en más de un aspecto. Al tiempo que lo esquivaba, Ashe le propinó una patada en la espinilla, provocando un alarido y haciéndolo caer sobre la hierba. A continuación, una mano enganchó su antebrazo. Jodie, que era más rápido que su hermano, tiró de ella con el fin de someterla mediante el abrazo del oso, pero Ashe logró zafarse en el último instante y le golpeó con el hombro en el estómago. Jodie jadeó y retrocedió por la falta de aliento. A su lado, Jimmy consiguió ponerse en pie; tenía el rostro colorado por la humillación.

—¿Habéis terminado ya? —dijo Ashe malhumorada—. No tengo todo el día, ¿eh?

Jimmy lanzó un rugido y avanzó nuevamente mientras lanzaba puñetazos al aire. Ashe esquivó primero uno y luego otro. Eran golpes feroces que la habrían dejado tiritando si hubieran impactado contra ella. Pero sabía esquivarlos. Y también propinarlos. Esperó su oportunidad y, entonces, su puño salió disparado y lo golpeó en toda la boca. Jimmy cayó de rodillas y la sangre empezó a recorrer sus labios.

—Serás... —articuló Jodie con tono helado—. Ahora sí que te vamos a dejar fea.

De repente, un objeto plateado brilló en su mano. Era un cuchillo. Ashe retrocedió con inquietud. Tal vez había sido un error provocarlos. Una cosa era una riña y otra, esto. Pero Jodie no dejó tiempo para la calma ni la razón. Con los ojos fulgurantes de ira, se abalanzó sobre Ashe. Ella lo esquivó y le agarró la muñeca de la mano que portaba el arma al tiempo que lanzaba un codazo, el cual fue a parar a su nariz, provocando un gratificante crujido. Mientras Jodie caía para reunirse con su hermano en el suelo, se le escurrió el cuchillo entre los dedos. Ashe se apoderó de él y empezó a alejarse de ambos. En ese mismo instante, empezaron a sonar las sirenas. Aparecieron un par de motos voladoras de la policía de Bellerae con las luces encendidas. Al darse cuenta de que uno de los drones de la policía podría haber sido testigo de la reyerta, Ashe dio media vuelta, pero un tercer agente de policía ya se encontraba detrás de ella.

—¡Alto!

El agente bajó de la moto mientras apuntaba a Ashe con un rifle. Esta se maldijo y soltó el cuchillo. Demasiadas

trabas para llegar a la ceremonia de graduación.

—Mis agentes te vieron portando un arma —continuó explicando el sheriff Carson mientras fruncía el ceño—. Y esos chicos, que estaban sangrando, juraban que tú los habías atacado.

—Sé lo que parece.

Ashe maquilló sus palabras con la sonrisa más inocente que pudo esbozar. No era nada fácil, puesto que estaba pensando en estrangular a los Bonney por ir contando mentiras.

—Si me permite...

—¡Basta!

El sheriff golpeó la mesa con el puño.

—Siempre tienes alguna excusa, Elizabeth. Te crees que puedes hacer lo que te dé la gana y después escudarte en tu apellido.

Ashe se burló.

—Eso no es v...

—Pues esta vez no —dijo malhumorado—. ¡Levanta!

—¿Cómo?

La agarró del brazo y la puso en pie.

—¡Oiga!

—Si reflexionas un rato, tal vez aprendas un poco de humildad.

El sheriff la arrastró fuera de la sala y por el pasillo hasta un lugar mohoso y poco iluminado de la comisaría que ella nunca había visto. Los calabozos.

—Venga ya, sheriff —imploró Ashe—. Esto es totalmente innecesario. Llame a BOB. Llegará en un periquete.

—Oh, eso ya lo sé.

El sheriff Carson abrió una de las celdas y la introdujo en ella mientras esbozaba una leve sonrisa socarrona.

—El dinero de tus padres, al rescate una vez más, y aquí nadie dice nada porque son dueños de la mitad de la ciudad. Pues esta vez no tengo ninguna prisa. Y eres menor, de modo que no puedes pagar la fianza tú misma. Así que haré esa llamada... dentro de un rato. Cuando te familiarices con el interior de la celda.

La puerta se cerró de golpe.

—¡Espere, por favor!

Ashe intentó, sin éxito, mantener la calma mientras él se alejaba.

—¡Maldita sea, sheriff, vuelva aquí!

Pero este la ignoró. Ashe, que se aferraba a los barrotes de la celda, languideció mientras él desaparecía. El sheriff no iba a hacerle caso. Nunca lo hacía. Como el resto de habitantes de esta ciudad de mala muerte, incluidos sus padres, él ya había decidido quién era Ashe... y quién iba a ser para siempre. Una heredera mimada. Una alborotadora. Una amenaza para el orgullo de sus padres. Y poco importaba que ella pensara distinto.

—Je...

Surgió una voz tras ella.

—Tienes muchas agallas para ser una niña rica.

Ashe se giró hacia el sonido.

—¿Cómo dices?

En la celda contigua, se reclinó una figura desgarbada con los pies apoyados en el banco de la pared y con un sombrero que le tapaba la cara.

—Tienes que ser rica, con esa ropa tan elegante.

Su voz era profunda y suave.

—Métete en tus asuntos.

Él echó a reír.

—¿Qué has hecho para acabar en el calabozo?

Ashe entrecerró los ojos.

—No he hecho nada. No debería estar aquí.

Se levantó el sombrero, revelando el rostro de un joven sonriente con penetrantes ojos marrones, uno de los cuales lo tenía morado e hinchado.

—Qué curioso. Yo tampoco.

—Ah, ¿sí?

Ashe se burló.

—Ese ojo morado indica lo contrario.

—¿Esto?

El joven se incorporó y se llevó los dedos al moratón.

—Un amigo mío tuvo un pequeño... malentendido con otro granjero. Así que intervine para solucionarlo.

—Pues parece estar encerrado solo.

Se encogió de hombros.

—Ya ha tenido demasiados roces con la ley.

Ashe pasó de la irritación a la sorpresa.

—De... ¿Dejaste que te pegaran y arrestaran por él? Eso es muy generoso por tu parte. Y un poco estúpido.

—Como he dicho, Julian es un amigo. Y no es que me sobren.

El joven se puso en pie y se irguió de forma lenta y vigorosa.

—¿Y tú qué? ¿Cómo has acabado aquí?

—Misma historia —contestó Ashe detenidamente mientras volvía a examinarlo. No podía ser mayor que ella. Tal vez incluso fuera más joven, aunque había algo en él que le sugería que ya había visto mucho mundo—. Un malentendido.

—Entonces supongo que tenemos algo en común —declaró mientras se acercaba a los barrotes que separaban sus celdas y ofrecía su mano—, señorita...

Ella dudó, pero fue tan solo un segundo. Lo que tiene meterse en líos es que, cuando te familiarizas con ellos, son fáciles de detectar, y, al lado de los hermanos Bonney, este chico parecía una mosquita muerta. Le tomó la mano y se la estrechó.

—Lámame Ashe. ¿Y tú eres?

—Me llamo Jesse —contestó con una sonrisa de oreja a oreja—. Jesse McCree.



